

## La catástrofe o la desdichada historia de Zánato Génesis

Las estratosféricas montañas de cristal esperaban inquietas la catástrofe. Una a una las estrellas artificiales se apagaron, dejando a la jungla de asfalto teñida con la sangre de la noche. Un silencio mortal envolvía el estrambótico paisaje y tímidamente, la fauna salvaje comenzó a despertar de entre sus madrigueras de hormigón. De repente, como si de un reloj de cuco se tratase, comenzaron a aparecer seres de diversos plumajes, exhibiendo sus prendas en una competición de cantosidad. Y ahí, es cuando empezó todo.

Camuflados con el medio, llegaron los colosos depredadores, emitiendo rugidos a boca cerrada y apuntando su mirada hacia el objetivo. Unos segundos de calma y la primera explosión. Estruendosos ríos de personas fluían por las estrechas calles, en una interminable carrera por la supervivencia.

Un grupo de mujeres gráciles como gacelas huían de los guepardos armados con letales metralletas. La orquesta tocaba al son de los disparos amenazantes y los tacones desesperados, creando una tango que acabó con un golpe certero y un grito al vacío que nadie, salvo Zánato Génesis, escuchó. El Señor Génesis estaba inmóvil en mitad de la caótica jungla de asfalto cuando aquellos ojos fríos se derrumbaron. Zánato, tras haber superado la impresión inicial, corrió a auxiliar a la joven bailarina, que había puesto punto y final a su carrera con una última actuación, en sus oídos los sonidos de guerra se convirtieron en entregados aplausos y la humedad roja que empapaba su estómago se convirtió en un ramo de frescas rosas. La "Gacela" miró a Génesis con lágrimas que se marchitaban en la comisura de sus ojos y con un último suspiro le dio las gracias, porque su ovación había sido la más esplendorosa.

Zánato Génesis estuvo impasible hasta que se descubrió a sí mismo encerrado en un lúgubre y destartalado vagón junto a otras veinte personas más. Observó a su alrededor y se encontró siendo aplastado por el abrumador peso del silencio. Rostros demacrados y llenos de desesperación envolvían cada rincón de la estancia y unos risueños niños, ajenos a la situación que los perseguía, seguían el ritmo del traqueteo del tren, tarareando su propio requiem. Costaba respirar por la angustiada presión en el maltratado pecho y los recuerdos se aglutinaban en torrentes uno tras otro. El egoísmo. El escondite. La calma. El tanque. Los soldados. La mujer gacela. El tren. El futuro. Últimos suspiros escapaban llenando el lugar de muerte y apagando poco a poco la llama de seguridad que quedaba.

Cuando la nana de aquellos niños se acabó para siempre, las rodillas de Zánato Génesis fallaron, incapaces de sostener el peso del dolor, golpeando el suelo con derrota. Las lágrimas silenciosas y amargas cayeron a destajo, cubriendo su visión confusa y cansada. Sus ojos recordaban a la bailarina abatida que anteriormente había sostenido entre sus temblorosos brazos. Exhalando el aire de sus frágiles pulmones cayó rendido para sumirse en la otra pesadilla: el mundo de los sueños.

*Zánato Genesis despertó con una dulce voz cantando una suave melodía a lo lejos. Reconocería aquel sonido en cualquier lugar. Con una deslumbrante sonrisa abrió los ojos para encontrarse a la luz de sus días. Andrómeda Génesis se encontraba jugando con sus maltrechas muñecas mientras esperaba a que su hermano volviese de la calle. Zánato se levantó cuidadosamente de la cama, con miedo a romper la atmósfera familiar que los envolvía, y paso a paso se acercó a su hermana. Observó sus rizos dorados que caían en tirabuzones sobre sus escuálidos hombros, contempló con añoranza las pecas que se formaban alrededor de su preciosa cara de niña y analizó con especial detenimiento el fulgor que desprendían sus inocentes ojos.*

*Intentó contener las lágrimas en vano al acariciar la cabeza de su pequeño rayo de luz y darse cuenta de que no era real, que ella no estaba allí con él y que de ningún modo podía acariciarla.*

*La niña dejó de cantar de sopetón y se dio la vuelta con una lentitud pasmosa, la puerta había sonado y ella rápidamente había huido a esconderse debajo del fregadero que había en aquel cuchitril.*

*Zánato Génesis se acercó expectante a la entrada y colocó la mano en el manillar medio caído. De repente, se abrió la puerta profiriendo un golpe que se quedaría marcado en sus sentidos. Un*

*herido Zánato Génesis de dieciséis años apareció en la estancia y con enfado comenzó a gritar y a destruir las pocas pertenencias que quedaban intactas. Su hermana observaba desde el rincón con temor en la mirada como su hermano se derrumbaba. El Señor Génesis se contempló a sí mismo de joven y contuvo la respiración cuando, como una bestia, este se aproximó a su hermana y la abofeteó sin razón aparente.*

*- Te has comido las provisiones que teníamos guardadas, Andrómeda.*

*-No, eso no es cierto.*

*-¿Por qué me mientes?*

*-No te miento, he estado calladita, como me has pedido.*

*-Ya no aguanto más tus tonterías.*

*Zánato Génesis joven comenzó a insultarla y a decirle cosas que jamás deberían ser pronunciadas por un hermano. El Señor Génesis intentó intervenir pero ninguno de los dos protagonistas le escuchaba. De un puñado agarró a su hermana y la llevó hasta la puerta, entregándola a unos vecinos entre gritos y llantos.*

*Cuando la calma llegó a la casa, Zánato joven se dio la vuelta quedando en frente de Zánato mayor. Ambos se miraron a los ojos mojados y comenzaron a llorar al mismo tiempo. Zánato joven se apoyó en la pared y con un susurro preguntó:*

*-¿Qué pasará con ella?*

*-Morirá creyendo que le odias, sin entender que lo que has hecho lo has hecho en un intento desesperado por salvarla.*

*Entonces el escenario cambió y apareció la imagen de su hermana envuelta en llamas. Corrió con pies de barro y abrazó a Andrómeda, repitiendo una y otra vez que lo sentía y que la quería. Poco a poco Zánato Génesis comenzó a arder en llamas.*

Ahí es cuando despertó.

Había llegado a su destino. Agitado y todavía confuso por los recuerdos que habían aparecido en sus sueños, unos toscos hombres imperturbables lo apresaron y lo sacaron junto a los pocos supervivientes del tren. Todo estaba oscuro y nada parecía real. Zánato Génesis comenzó a escuchar un suave silbido que fue cobrando fuerza conforme sus pies azotaban el suelo más y más pesambrosamente. Aquella melodía le torturaba con el recuerdo de su pequeña hermana. Había sido tan estúpido al pensar que encontraría la salvación para ambos.

Las voces dejaron de sonar y ahora solo escuchaba aquella desgarradora canción que taladraba su cabeza. Un grupo de gente empezó a empujarle pero él no mostraba expresión alguna, había perdido las ganas de vivir.

Una suave luz iluminó el lugar, mostrando a un descomunal hombre que le gritaba en la cara, pero Génesis no oía nada, solo aquella canción de muerte que cantaba su hermana a lo lejos, llamándole e invitándole a reunirse con ella.

Ahora la mujer gacela se unía al canto mientras bailaba al son del silbido con dulces movimientos que lo dejaban anonadado y con ganas de acompañarla. Esta ya no tenía los ojos fríos, sino cálidos como el verano y la herida de su estómago había desaparecido completamente para ser sustituida por un precioso vestido color fuego que hacía juego con su mirada.

Su hermana apareció de la nada con una deslumbrante sonrisa y un magnífico vestido azul que conjuntaban con sus ojos, escondite del Universo.

Su madre y su padre se abrazaban detrás de Andrómeda.

Zánatos Génesis no sabía si eran espejismos o eran reales pero unas lágrimas resbalaron por sus raídas mejillas y soltó una risa de la que él mismo se sorprendió.

De repente, sintió un profundo golpe en la sien y se desplomó sobre el húmedo suelo con un quejido que ni si quiera él mismo escuchó.

Todo negro.